



## El artículo del día

# Lo que produce la indignación

En la protesta conviven jóvenes muy cualificados con otros expulsados tempranamente del sistema educativo

JULIÁN  
Buey\*



Tuve la oportunidad de asistir a la constitución de las Cortes de Aragón con una nueva composición, consecuencia de las pasadas Elecciones Autonómicas. El electorado aragonés ha decidido un cambio de ciclo político, configurando un nuevo mapa más escorado a la derecha, infligiendo un duro castigo a la parte mayoritaria del Gobierno de coalición centro-izquierda que dirigía nuestra Comunidad Autónoma.

Las nuevas Cortes se constituían con su ritual democrático habitual. La novedad estaba en la calle, decenas de jóvenes se congregaban a las puertas del Palacio de la Aljafería, increpando a la clase política, cuestionando su representatividad y manifestando no sentirse representados en unas instituciones a las que miran con recelo.

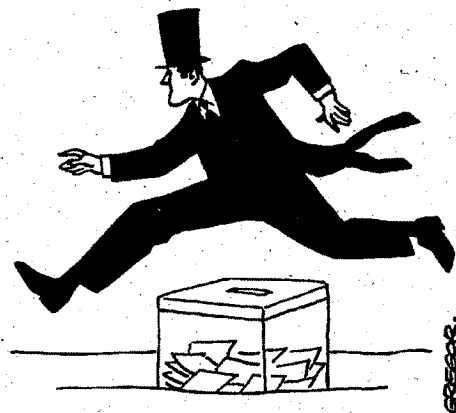
Para los que hemos conocido los estertores de una dictadura, la lucha por las libertades y la consolidación de una democracia que mejoró sustancialmente la situación anterior, no es fácil asimilar estos asedios a los parlamentos en ese insistente «no nos representáis», dirigido sin matices a los recién elegidos por las urnas.

Sin embargo nos quedaríamos con una visión parcial si no consideráramos algunas cuestiones. Cientos de miles de jóvenes no tienen empleo. O lo tienen sufriendo unas condiciones laborales y salariales miserables. Protesta una generación en la que conviven jóvenes extraordinariamente cualificados con otros muchos expulsados tempranamente de un sistema educativo que no es capaz de superar unas altas tasas de fracaso escolar. La vivienda sigue siendo inaccesible para los jóvenes. Para

muchos se aplaza de forma indefinida la posibilidad de emanciparse. Nuestros hijos viven peor que sus padres.

La crisis golpea con dureza a los más débiles y desposeídos, mientras observamos como, sin pudor alguno, se utilizan ingentes recursos públicos en subvenciones y ayudas a los causantes de todo el desajuste, a los que no se exige ninguna responsabilidad.

Comprobamos como los que propician esta ruina, han salido indemnes e imponen su ley del máximo beneficio con el mínimo esfuerzo de forma inmisericorde.



Las pequeñas empresas cierran y las grandes reducen plantillas; sus trabajadores van al paro. Los autónomos lo pasan mal y no tiene faena o trabajan bajo mínimos en el último eslabón de una interminable cadena de subcontratas. Las administraciones no pagan.

La política oficial se muestra incapaz de aportar soluciones que cambien el estado de las cosas. Es imposible ocultar una realidad cruel, lo que de verdad manda es eso que se da en llamar los «mercados». Sin ser elegidos por la ciudadanía, imponen sus políticas, que nos llegan de Europa y que se imponen sobre las voluntades de los pueblos. Esto pone sobre el tapete el tremendo déficit democrático de los regíme-

nes occidentales que, paradójicamente, se permiten dar lecciones al resto del mundo.

Desgraciadamente, se generaliza la idea de que da igual votar a unos que a otros. Porque los que de verdad mandan, no se sientan en los escaños y pasan de programas electorales.

La ausencia de la política, la torpeza de muchos y la corrupción de varios, la escasa finura de algunos medios, dedicados más al trazo grueso de la generalización que a una denuncia rigurosa, la lentitud de la justicia, y el mayor empeño que se pone en emporcar al adversario que en depurar lo propio, empiezan degradando la imagen y dignidad de algunos políticos y acaban poniendo bajo sospecha a todos.

Desde el reconocimiento y un alto grado de coincidencia con las reivindicaciones y motivaciones, me cuesta comprender algunas cosas que se hacen o dicen en las movilizaciones de los últimos días. No parece posible construir un mundo mejor desde la exclusión, sin alianzas entre todos los que quieren caminar por la ancha vía de la regeneración democrática y la justicia social.

Pero nadie debe confundirse. El problema no está en las pancartas que circulan alrededor de los parlamentos e instituciones. Ni en que se cuestione todo lo que se percibe como parte del sistema. No está en la más que justificada indignación de los jóvenes que se juntan para manifestar su cabreo e intentar que las cosas cambien. A mi me gustan estos jóvenes, aunque a veces no entienda lo que hacen. El problema reside en un sistema caduco, que debería ser superado, que lo que mejor reparte entre los más débiles es una profunda, tremenda, injusticia. Y en el monumental morrazo que tienen los más privilegiados, a los que parece importar poco la suerte y el futuro de nuestra juventud, de nuestras gentes.≡

\*Secretario General CCOO Aragón.